

Tiriél

William Blake

I

Y el anciano Tiriél se hallaba ante las Puertas de su hermoso
[palacio
con Myratana, que fuera la Reina de los llanuras del oeste;
pero ahora sus ojos se habían apagado, y su marchita esposa
[agonizaba.
Se hallaban ante el que fuera, en tiempos, su espléndido palacio,
[y así tronó la Voz
[del anciano Tiriél, que sus hijos pudieran oírle en sus portales:

«Raza maldita de Tiriél, mirad a vuestro padre.
Venid y contempladla, pues ella os engendró; ¡venid, hijos malditos!
En mis débiles brazos he acogido a vuestra madre agonizante.
¡Venid, hijos del Maleficio, venid y sed testigos de la muerte de
[Myratana!»

Sus hijos acudieron al llamado y vieron al llegar a sus ancianos padres
y el mayor de los hijos de Tiriél alzó entonces su fuerte voz:

«Óyeme, anciano, indigno de ser llamado el padre de la raza de Tiriél,
pues todas tus arrugas, todos y cada uno de tus grises cabellos,
son crueles tal la muerte, y tan inexorables como el ávido infierno,
¿qué pueden importarnos tus juramentos, viejo maldito?
¿No fuimos tus esclavos antes de rebelarnos? ¿A quién le im-
[porta el juramento de Tiriél?
Su bendición fue un cruento maleficio; tal vez su maleficio sea
[una bendición.»

Dejó de hablar. El viejo apuntó al cielo con la mano derecha:
con la izquierda aferraba a Myratana, contraída por un dolor mortal.
Abrió los globos de sus grandes ojos, y su voz rasgó el aire:

«¡Serpientes, y no hijos, se anudan a los huesos de Tiriél!
 Ah vosotros, gusanos de la muerte que gozáis con la carne en-
 [vejecida de vuestros padres,
 Escuchad los gemidos de vuestra madre. Ya no engendra más hijos
 detestables; no sufre el nacimiento de Heuxos o de Yuva.
 Éstos son los gemidos de la muerte, ah serpientes, éstos son los
 [gemidos de la muerte.

Criados con su leche, ah serpientes, criados con el llanto y el
 [celo de una madre,
 mirad mis ojos, ciegos como el cráneo sin órbitas que yace en-
 [tre las piedras.
 Mirad mi vieja calva. ¡Escuchadme, serpientes, escuchad!
 ¿Qué, Myratana? ¿Qué, esposa mía? ¡Oh Alma, oh Espíritu, oh
 [fuego!
 ¿Myratana, estás muerta? ¡Miradla bien, serpientes, miradla!
 Las serpientes nacidas de su vientre la han desangrado hasta
 [acabar con ella.
 Maldigo vuestras crueles mentes, pues es aquí donde habré de
 [enterrarla».

Y al decir esto comenzó a cavar una tumba con sus manos de
 [crépiticas,
 pero Heuxos ordenó a un hijo de Zazel que cavara la tumba de
 [su madre:

«Vieja crueldad, desiste, y deja que nosotros cavemos esa tumba.
 Has rechazado nuestra caridad, has rechazado nuestros alimentos,
 has rechazado nuestras ropas, nuestros lechos, nuestras moradas,
 prefiriendo vagar entre las piedras como un Hijo de Zazel.
 ¿Por qué así nos maldices? ¿No caen sobre ti tus propias maldi-
 [ciones?
 ¿No fuiste tú, acaso, quien sometió a los hijos de Zazel, que
 [ahora se rebelan
 y maldicen tu nombre? Cava una tumba y déjanos enterrar a
 [nuestra madre».

«Ahí tenéis su cuerpo, hijos malditos, y que el cielo derrame su
 [cólera hasta ahogaros,

cubriendo vuestros techos como la densa bruma de las tierras
 [del norte;
 que yazcáis, como yace vuestra madre, igual que perros sin hogar,
 y que el olor de vuestros cadáveres ofenda a hombres y animales,
 y el tiempo lime vuestros huesos y los convierta en monumento;
 ¡no!, que ha de perecer vuestra memoria; pues cuando vuestros
 [cuerpos
 contaminen la tierra, ya los sepultureros se alzarán por el este
 y de los hijos de Tiriél no ha de quedar un solo hueso.
 Sepultad a vuestra madre; mas no sepultaréis el maleficio de
 [Tiriél.»

Calló entonces, y por las lóbregas montañas echó a andar sin rumbo.

II

Caminó día y noche. Oscuros le eran por igual día y noche;
 aunque sentía el sol, la luna reluciente era un globo inservible.
 Por montañas y valles de lamentos erró el anciano ciego
 hasta que aquel que todo lo gobierna le condujo a los valles de Har;

y Har y Heva estaban sentados bajo el Roble, como niños.
 Y Mnetha, que había envejecido, les cuidaba y traía alimentos y ropa;
 como el tiempo olvidados, no eran sino la sombra de lo que ha-
 [bían sido.

Jugando con las flores, corriendo tras los pájaros, así pasaban
 [las jornadas,
 y de noche, cual niños, dormían y soñaban con arrobo infantil.

Tan pronto el vagabundo se adentró en los amenos jardines de
 [Har,
 corrieron sollozando a refugiarse en brazos de Mnetha cual ni-
 [ños asustados.

El anciano dio un paso a tientas y exclamó: «La paz bendiga es-
 [tas puertas abiertas.

Nadie tema a Tiriél, pues este pobre ciego es sólo una amenaza
 [para sí mismo.

Decidme, oh amigos, ¿dónde me hallo ahora, y en qué grato pa-
 [raje?»

«Éste es el valle de Har», dijo Mnetha, «y ésta la tienda de Har. ¿Quién eres, pobre ciego, que el nombre de Tiriél así declaras? Tiriél es el monarca de todo el occidente. ¿Quién eres? Yo soy
[Mnetha,
y éstos son Har y Heva, temblando como niños a mi lado.»

«Sé que Tiriél es el rey de occidente, y que allí vive jubiloso. No importa quién yo sea, oh Mnetha, si tienes alimento dámelo, pues no puedo demorarme; lejos de aquí se encuentra
[mi destino».

Entonces habló Har: «Oh madre, cuida de no acercarte tanto a él, pues es el rey de la leña podrida, y de los huesos de la muerte. Vaga sin ojos por el mundo, y puede atravesar las puertas y los muros. ¡Óyeme bien, oh ciego, no trates de hacer daño a mi madre Mnetha!

«Soy sólo un vagabundo y mendigo comida. Dejo aquí mi cayado, el compañero atento de mis viajes, y me arrodillo ante vosotros como el hombre indefenso que soy.

Al verlo de rodillas, Mnetha dijo: «Levantaos, Har y Heva, y
[volved a mi lado.
No es más que un viejo inofensivo, hambriento a causa de sus
[viajes».

Entonces Har se puso en pie y descansó la mano en la cabeza
[de Tiriél.

«Dios bendiga tu calva coronilla. Dios bendiga las cuencas vacías de tus ojos.
Dios bendiga tu barba rala. Dios bendiga tu frente surcada de
[arrugas.
Pues no te quedan dientes, beso, anciano, tu suave calva.
Ven, Heva, y bésale conmigo, pues no ha de hacernos daño».

Y Heva se acercó y condujo a Tiriél a brazos de su madre.

«Benditas sean las pobres cuencas de tus ojos, y bendito sea el
[viejo padre Tiriél.

Eres mi viejo padre Tiriél. Por tus arrugas te conozco,
pues tuyo es el olor de la higuera, y tuyo es el olor de los higos
[maduros.

Dime, viejo Tiriél, ¿cómo perdiste los ojos? Benditas sean las
[arrugas de tu rostro.】

Y habló Mnetha: «Acércate, viajero, y declara tu nombre.
¿Por qué razón habrías de ocultarte del fruto de tu sangre?】

«No soy de esta comarca», volvió a mentir Tiriél.
«Soy sólo un viejo errante; fui padre de una raza, en otro tiempo,
allá en el norte, pero hicieron el mal y fueron destruidos,
y yo, su padre, fui condenado al destierro. Todo os lo he dicho ya;
no me hagáis más preguntas, os lo ruego, pues la aflicción ha
[sellado mis ojos.】

«¡Protégenos, Señor!», dijo Mnetha, «¿Viven, pues, otras gentes,
otros seres humanos en este globo, aparte de los hijos de Har?】

«Vacía está la tierra», dijo Tiriél. «Sólo yo sobrevivo,
y soy un desterrado. ¿No darás de beber a este pobre ciego?】

Y Mnetha le dio entonces leche y fruta, y juntos procedieron a
[sentarse.

III

Tan pronto se sentaron a comer, Har y Heva miraron sonrientes
[a Tiriél.

«Eres un hombre viejo, muy viejo, pero yo soy más viejo aún.
¿Cómo es que te has quedado sin cabello? ¿Por qué son tan
[morenas tus facciones?

Mi cabello es muy largo, y mis barbas me cuelgan hasta el pecho.
¡Dios bendiga tu rostro lastimero! Ni aun Mnetha es capaz
de contar tus arrugas. Bendito sea tu rostro, pues tú eres Tiriél.】

«A Tiriél no lo he visto más que una vez. Fui invitado a su
[mesa y comí junto a él.

Era risueño como un príncipe, y me obsequió con agasajos.
Mas no permanecí mucho tiempo en palacio, pues mi hado es
[vagar por los caminos».

«¿Es que piensas dejarnos?», dijo Heva, «No, no lo harás.
Pues hemos de mostrarte aún muchos juegos y muchas canciones.
Y después de cenar iremos todos a la jaula de Har,
Y nos ayudarás a cazar pájaros y a recoger cerezas.
Deja, pues, que Tiriél sea tu nombre, y consiente en quedarte.»

«Si te vas,» dijo Har, «quieran tus ojos mostrarte tu locura.
Mis hijos me dejaron; ¿te ocurrió a ti lo mismo? ¡Cuánta crueldad!»

«No, venerable anciano,» dijo Tiriél, «No hagas tales preguntas;
hieres mi corazón, pues mis hijos no eran como los tuyos,
sino peores. No me preguntes más, o habré de irme.»

«No te irás», dijo Heva, «hasta que no hayas visto nuestras aves
[cantoras,
y oído la canción de Har en la gran jaula, y descansado en nues-
[tros vellocinos.
No te vayas, pues te pareces tanto a Tiriél que he de alabar tu frente,
tan surcada de arrugas como un campo quemado por el sol.»

Entonces el anciano se alzó para decir: «Dios bendiga estas tiendas.
Mi destino es viajar por riscos y montañas, no por valles amables.
En mi locura y mi desdicha, no debo descansar ni conciliar el sueño.

Pero Mnetha respondió: «No vagues solo en la penumbra;
quédate con nosotros y permítenos ser tus ojos;
yo te daré alimento hasta que la muerte te reclame.»

El rostro de Tiriél se ensombreció: «¿No habéis oído mis palabras,
no veis que la locura y la desdicha gobiernan el corazón de este ciego,
que su destino es recorrer los bosques apoyado en su báculo?»

Al oírle, Mnetha sintió un escalofrío; y entonces le condujo
[hasta la puerta
y le entregó su báculo y le bendijo. Él reemprendió la marcha.